

/Libreta de viaje. Moscú

Moscú, jueves 20, 1988

Estorino:

El viaje fue un desastre, no terminaba nunca. Hubo dos escalas, Gander y Shannon. Éramos trescientos y pico de pasajeros. La mayoría era gente joven, pescadores que regresaban de Perú, vestidos con prelavados. Salimos de La Habana a las 2:00 p.m. y llegamos aquí a las 3:00 a.m., hora local. Nos estaban esperando, y esto ayudó.

Nos llevaron al hotel Kiev. Parecíamos conspiradores, o que vivíamos una experiencia de películas rusas ya vistas. Todo apagado. Tocamos a la puerta, entramos. Gente en el suelo que se despierta. En el recibidor, encima del único sofá, cinco o seis personas durmiendo. Un lugar reacondicionado como un mal hotel de Colón, Placetas o cualquier otro pueblo. La habitación era el poema de más mal gusto que ¡ni en mis provincias! he visto.

Al día siguiente protestamos. Si no fuera por Lucy, que fue presidenta del Comité de Amistad Cubano-Soviética, estaríamos allí o en camino a La Habana.

A todas estas, yo me sentía mal y encabronado. Por suerte, después de inaugurada la expo (de 175 obras nada más se expusieron 50) descubrí que la instalación mía y de Mayito hubo que montarla de otra manera; pero nos anunciaron que teníamos otro hotel: el Sputnik. Otro cantar; me regocijé mucho cuando llegué allí.

Después comenzó la segunda tragedia: perdí el maletín con la ropa al subir al cuarto, y cuando bajé a preguntar por él tampoco tenía la cartera con el dinero de la dieta y otras cosas. Por suerte Lucy estaba aquí y yo tenía bebida: como me conoces, sabrás en qué estado de desesperación estaba. Había perdido la ropa, los rublos y el alma, todo junto. Comencé a emborracharme, y a la media hora encontré de casualidad la cartera en el abrigo —gran tranquilidad. Una hora más tarde, una llamada del hotel: apareció el maletín. Total tranquilidad. Como había bebido, me acosté y desperté a las 11:30 a.m. Debo bañarme. Los socialistas no entienden ni a los egipcios, los griegos, y menos a los latinos. No dan ganas de bañarse en este baño.

Me baño; estoy sereno. Parece que vamos a ir a Leningrado. Creo que desde ahora no habrá nuevos problemas y me sentiré mejor, y descartaré la idea de hallarme enfermo.

Aquí no han inventado el diseño todavía. Estos países son dirigidos por «campesinos» que se contentan y asombran por tener agua fría y caliente en la cocina. No creo que los soviéticos —los que estaban en la expo—, entiendan nada de lo que

allí se exponía, pero como está la perestroika, abren los ojos tratando de entender —igual que en Cuba.

Viernes 21

Visita al museo Pushkin. Muestra de los impresionistas. Además, Léger, Picasso, Matisse.

Matisse —el último— es maravilloso en la síntesis y la forma elemental de aplicar el color. Léger no es en su terminación tan acabado como vemos en las reproducciones. Recuerdo que vi sus cuadros en Chicago, en 1953, pero no noté esto. Entonces me sorprendió su mundo de grandeza particular. No era una poesía íntima o romántica, sino dura, fuerte, y aunque figurativo, resultaba abstracto.

Matisse —en su última etapa—, cuando solo deja pasar el pincel, cuando deja que el fondo del cuadro resalte a través de un color que no lo oculta, es genial. Aquí la poesía es más clara que en Léger, pero Léger hace arte con un martillo, y Matisse, con una clase de martillo más sensual y humano.

Si tuviera que escoger, ¿a cuál? Me considero más cerca de Léger por muchas cosas —¿Amelia no?—, pero me gustaría más poder apresar ese aire desenfadado y sutil de Matisse. Léger muestra virtud con esfuerzo. El otro, virtud; el esfuerzo desaparece oculto detrás de una cortina de formas y colores. Los dos manejan el diseño: formas, estructuras, espacio —igual que Cézanne, Gauguin—, pero aquí es todo tan transparente que elijo a Matisse.

He mirado toda esta pintura como cuando yo tenía veinte y pico de años —es decir, entusiasmado. Como si me pudieran inspirar de nuevo en el caso de que quisiera volver a encontrarme a mí mismo.

Los Bonnard son asombrosos; Monet y Manet dibujaban tan torpes como yo.

Léger lo resuelve mezclando el negro con el color. Así hacía Manet al principio, en algunos cuadros lamentables. ¿Será un error de apreciación mío? No recuerdo haber leído un comentario sobre esto. ¿Qué opinión podré dar yo que dibujo tan torpemente?

No fueron los impresionistas unos tontos —no a nuestros ojos—, pero, ¿cómo no haberlo sido a los ojos de sus contemporáneos? Hay una factura totalmente extraordinaria, innecesaria hoy para nosotros, pero rica en resultados. El mismo Cézanne, con los años, adquirió limpieza y seguridad en la forma y el color, que lo hacen el gran maestro que es. Gauguin es otro caso; sigue siendo un contemporáneo.

Me queda Van Gogh, que tanto me impresionaba años atrás. Indiscutiblemente era un loco. Solo alguien así podía pintar ese cuadro de *La ronda de los presos*. ¡Pero si todos los locos pudieran hacer lo que él hizo!

Renoir sigue siendo para mí el deleitado aristócrata sensual de esa época. Se «viene» cuando pinta sus desnudos. Eso se siente.

Si no fuera que físicamente me siento mal, esta experiencia que me remonta a mis veinte hubiera resultado más saludable. Me ha hecho volver atrás, y el pasado lo considero eso: pasado. Lo que está por pasar es lo importante, no lo que ya pasó. La medalla Félix Varela que me acaban de dar —me entero hoy— no la esperaba hasta dentro de diez años. Creo que tendré que ponerme a escribir mis memorias. Son las 5:00 a.m. Desperté hace media hora. No he podido dormirme. Preparo un trago. Fumo. Tenía un sueño que podría convertirse en una novela. Un sueño de enredos amoroso-sexuales en la edad media, salido de la picaresca española, lleno de ingenuidad y malicia. El rey, la reina. El rey, joven ingenuo, es seducido por un mancebo —su ayuda de cámara. Todas las noches cree recibirlo, sin saber que siempre recibe a uno distinto. Aquí seguirían las complicaciones, etcétera. ¿Más para el *Decamerón* que para otra cosa?

Parece que esta experiencia será la última. ¿O realmente yo estoy enfermo o ya es mucha la locura? Si en La Habana me encierro en la casa como en un castillo, aquí no puedo encerrarme en ningún lugar. Ni en la bebida, que no abunda. Tengo el estómago mal, y no tengo horarios. Hoy desayuné dos perros calientes, dos cuñitas de queso y una taza de té. Por la tarde tuve que salir corriendo al baño.

Nada de lo que uno se imagina tiene que ver con la realidad. Yo no quería venir, me animé, me animaron. Me pinté un hotel maravilloso, bebida a la mano, comidas fabulosas, y un estado de ánimo a la altura de esto. Ha sido un gran fracaso.

Después, mi miedo a estar enfermo se me acrecienta aquí; entonces me siento indefenso. Suerte que tengo a Lucy conmigo y puedo apoyarme en ella. Espero que poco a poco todo vaya serenándose y realmente pueda disfrutar. Creo que terminó para mí la aventura de viajar, y esta será una más de las cosas que debo eliminar para aceptar la realidad de mis sesenta y un años. ¿Cómo irme a Madrid y Barcelona para que suceda lo mismo? A Varsovia, ni pensarlo.

En esta ciudad —diez millones de habitantes— todo anda tan mal como en nuestra isla —diez millones también. Según los funcionarios de la Embajada, la nueva libertad adquirida no está bien administrada, todo se ha convertido en un desorden. La guía nuestra también se queja, dice que se rumora que van a subir los precios de los artículos de consumo. Resultado: no hay artículos.

En la cultura hay desorden —nuestra expo lo demuestra—, porque los que hoy dirigen no saben si todavía lo harán mañana. La muestra cubana es un fracaso de acuerdo con lo que se pretendió en La Habana. Además, nos dieron el museo menos apropiado para montarla. El día de la inauguración, la gente que estaba allí miraba aquello como una locura. ¿Por dónde estará nuestro socialismo? La muestra es agresiva, satírica y crítica de una manera u otra, pero sobre todo, cargada de un erotismo —¿crítico?— particular. El cuadro de Tomás Esson es muestra de lo que digo.

Comentaba con Segre —y me dio la razón— que el espacio de esta ciudad es para gigantes. No hay escala humana. Está hecha para que la mayoría se sienta aplastada y obedezca: al zar, primero; a Stalin, después. El espacio interior, en los museos y hoteles, está planificado para dirigirnos hacia alguna parte. Creo que esto obedece a una necesidad no consciente de reflejar el sistema. En los hoteles, el espacio no está pensa-

do para el confort y el bienestar del usuario, sino en su contra. Calculo que el soviético deberá resolver este problema en su propia vivienda. ¡Si puede!

A nosotros, ¿no nos está pasando esto mismo ahora?

Sábado 22

Hoy fuimos al Palacio del Kremlin, a la armería. Lucy conocía a la directora y a una asistente. Nos enseñaron toda la colección. El edificio es imponente, y el montaje, muy bien hecho.

Sufro con los museos como este, que no iría a ver, pero... Lo peor eran las descripciones detalladas de coronas, trajes, iconos, de las cuales no pude escaparme. Al final nos ofrecieron un té y bombones de chocolate que estaban espléndidos. Quedamos en volver para ver la colección de las joyas, a pesar de que le dije a Lucy que no me interesaba.

Por la tarde visitamos a la ex viceministra de Cultura, amiga de Lucy. Nos halagó mucho con los platos que preparó y hasta abrió una botella de champán. Una señora serena y dulce. Fue agradable la visita. Me besó en la boca al llegar y al partir. Creía que ya esto no estaba en uso. Mi estómago está peor hoy, pero no he podido establecer un circuito, ni comerme una comida de verdad. Tal parece que estuviera ahorrando, lo cual no es cierto. Entre otras cosas, vine a comer y a beber. Lo que sí estoy es repleto de halagos.

Veo mucha televisión. Son pocos canales, y todo el tiempo están haciendo entrevistas y pasando documentales. Hay un programa interesante sobre el idioma inglés y el francés —debe haber uno sobre el español. Hoy llovió y hubo un intento de querer nevar, pero no sucedió. Es ya la medianoche. Por primera vez me acuesto tan tarde. Lo hago a propósito. En medio de todo esto no sé si felicitarme —o lamentarme— de no sentir nostalgia por nadie.

Domingo

Día gris, algo de lluvia; de sol nada. Almorzamos en casa de una vieja amiga de Lucy: Irina. Conocí un combinado de edi-

ficios de viviendas de arquitectura triste, sin nada de paisaje. Muy altos —como todo aquí.

Por la mañana fuimos al ¿Monasterio de la Doncella?

Anoche me acosté a las 8:30 p.m.

Lunes

Visita al Patio de las Iglesias. Lugar realmente maravilloso. Si ahora uno se siente insignificante, ¿cómo se sentiría la gente de aquella época?

Amaneció feo, con lluvia fina y gris, pero ya aquí en el hotel salió el sol, ojalá permanezca. Fui de compras. Ha sido alarmante. Las tiendas están llenas de gentes ávidas de comprar, pero, ¿qué hay? Es triste el socialismo, que tiene la tecnología para el cosmos y no para los que están en la tierra. En Sofía y en la R.F.A. había mucho y mejor. ¿Se admira a alguien en pedazos? Un país —un ser humano— es una totalidad, podría tener defectos, pero por encima, las virtudes. El hombre aspira a vivir en la tierra, no en un futuro paraíso ¿No recuerda nuestro socialismo al cristianismo, que nos exigía sacrificios y penas por un mundo mejor en el futuro? Es lamentable que miremos hacia las naciones desarrolladas como modelos, que Cuba tenga que joderse por una industria azucarera, pero, ¿que la Unión Soviética moderna, a estas alturas no haya logrado ser ejemplo de vida en el confort y las aspiraciones de cualquiera? La ideología se alimenta cuando uno está realizado y con la barriga llena. Si no es así, es el descontento. Es triste para mí comprobar que con tanto que nos separa hay tanto que nos une: en lo peor. Lucy regresa excitada. La viceministra reaccionó y voy a Leningrado mañana. Compré un pañuelo para Hilda y una fosforera. No hay vodka, ni ron, ni nada. Mucho pasado extraordinario aplastando al hombre común. Este aún no ha desaparecido, pero, ¡cuántos ideales tiene!

Hacía falta la perestroika, si no, ¿para qué este sistema?

Martes

Después de muchas vicisitudes salimos para Leningrado a la 1:05 a.m. Nunca había dormido en un tren. Es terrible. Llegamos a las 9:50 a.m.

Miércoles

Son las diez de la noche. Vengo de una función de ballet joven. Parecía La Habana, pero con un público sin entusiasmo. Estoy agotado, ya que no he parado.

La ciudad es bellísima. Es cierto que recuerda a Venecia —a su manera. Esta no es íntima.

Recorrido por el Ermitage. Muy buena pintura —también mala. El edificio es el alarde más grande de poderío bien demostrado.

Jueves

Fuimos a ver la mansión de verano de Pedro el Grande, que está a una hora de la ciudad. El edificio y los jardines son realmente asombrosos. Y eso que es invierno y no hay hojas en los árboles ni en los jardines.

